

Incertidumbres de la Unión Europea tras el fin de la Guerra Fría*

LUIS ALBERTO RESTREPO M.

La Comunidad Europea suele ser considerada como el resultado de la sorprendente clarividencia y voluntad política de sus dirigentes, así como de una extraordinaria madurez de sus pueblos. En efecto, la progresiva subordinación de poderosos intereses nacionales, otrora irreductibles, a la unidad y el fortalecimiento global del continente, aparece como un acto supremo de razón y buen juicio colectivos. Este es, sin duda, uno de los motivos por los que el experimento europeo ha merecido la admiración del mundo contemporáneo y es considerado, en cierto modo, como arquetipo de la evolución mundial en el siglo venidero: de la predominancia de las naciones soberanas a lo largo del siglo XIX y la primera mitad del XX, estaríamos pasando a un sistema internacional mucho más integrado e interdependiente, compuesto a su vez por bloques o al menos por polos regionales en los que el Estado nacional perdería parte de sus tradicionales prerrogativas. Europa se estaría demostrando así, una vez más, como la sede de una cierta razón universal.

Este punto de vista se encuentra particularmente difundido en América Latina, en

donde los reiterados intentos de integración subregional o continental no han contado hasta ahora con la misma suerte; y donde se mira, se admira y se intenta imitar los logros del Viejo Continente, mientras son consideradas con desencanto las propias capacidades para adelantar un proyecto similar.

Por otra parte, es claro que la Unión Europea (UE) constituye, a la par con los Estados Unidos y el Japón, uno de los tres grandes polos de poder económico, tecnológico y político del mundo contemporáneo; si algún día llegara a consumar su proceso de unificación podría convertirse en la primera potencia mundial. Huntington señalaba hace algunos años que, "si el próximo siglo no es el siglo estadounidense, es muy posible que sea el siglo europeo"⁽¹⁾.

Con todo, el fin de la Guerra Fría le ha dado al proceso de integración europea un vuelco inesperado cuyas consecuencias son aún impredecibles, tienden a ser silenciadas por los actuales dirigentes políticos de Europa y son ignoradas incluso por destacados analistas. Según Paul Kennedy, por ejemplo, Europa se enfrentaría simplemente "a problemas en la redefinición de

LUIS ALBERTO RESTREPO M., filósofo, profesor asociado del Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales

* Este ensayo es parte de un trabajo realizado con el auspicio de Colciencias.

⁽¹⁾ Samuel P. Huntington, «The U.S.-Decline or Renewal?», en *Foreign Affairs*, vol. 67, N° 2, invierno de 1988-1989, pág. 94. Citado por Paul Kennedy, *Hacia el siglo XXI*, Ed. Plaza & Janés S.A., Barcelona, 1993, p. 335.

las políticas exterior y de defensa (...), y sobre todo, de hallar modos de aumentar su unidad; pero estos problemas, aunque difíciles, seguramente no son insuperables⁽²⁾. A nuestro juicio, por el contrario, la unificación alemana y el derrumbe de la ex Unión Soviética han sumido a Europa en una crisis de proporciones incalculables, aunque sus efectos sólo se harán visibles en el mediano y largo plazo.

Si la UE continúa avanzando aún en el sentido trazado por la CEE ello se debe, ante todo, al peso indudable de la inercia histórica. Un acontecimiento, por significativo que sea, no cambia súbitamente el curso de todos los procesos en marcha, que requieren de tiempo para adecuarse a las nuevas circunstancias. Mucho menos si se trata de procesos tan ambiciosos y complejos como el de la integración de Europa. Por otra parte, los compromisos ya adquiridos por los países comunitarios, entre sí y ante el mundo, el entrelazamiento de sus economías, normas e instituciones, así como los enormes costos económicos y políticos que conllevaría su desmantelamiento, ejercen sobre sus dirigentes una extraordinaria presión que los obliga a acelerar el proceso de unificación. De hecho, ante el incierto panorama, los gobernantes europeos de hoy se encuentran empeñados, desde el Tratado de Maastricht, en una afanosa "fuga hacia adelante". En último término, pesa también sobre las élites económicas y políticas de Europa la necesidad de hacerle frente a la competencia con los Estados Unidos y el Japón. Para ellas es claro que, si las naciones europeas no se integran, están llamadas a un ocaso definitivo. Para la continuidad del proceso cuentan sin duda con la extraordinaria ventaja del terreno ya recorrido y la experiencia acumulada. Pero día a día se va extinguiendo el entusiasmo y la convicción que, en otros tiempos, animaron a los países comunitarios: vuelven al primer plano los

intereses nacionales⁽³⁾; crecen los silencios, los malos entendidos y los mutuos recelos entre los miembros; renacen las fuerzas particularistas y de extrema derecha; reaparece la xenofobia y la violencia. La razón europea se encuentra sometida a prueba.

UNA RELECTURA DE LA COMUNIDAD ECONOMICA EUROPEA

Sin desconocer desde luego los admirables logros obtenidos por la Europa de la segunda mitad del siglo XX, ni los méritos que en ellos les cabe a pueblos y dirigentes, conviene, sin embargo, destacar las circunstancias muy peculiares que los hicieron posibles y casi necesarios; circunstancias que, entre otras cosas, no han sido nunca las de América Latina.

No es seguro, en efecto, que el razonable propósito de evitar las guerras internas y recuperar un lugar de preeminencia para el continente haya sido el argumento decisivo que permitiera poner en jaque los tradicionales nacionalismos europeos. Esta visión, esbozada primero por Robert Schuman y Jean Monnet y luego reiterada por De Gaulle y Adenauer, y por toda suerte de dirigentes políticos, analistas y comunicadores, expresaba probablemente una aspiración tan razonable como idealista acerca del futuro de Europa. No hay duda de que las dos grandes guerras de este siglo debieron dejarle una profunda lección al Viejo Continente. Pero así fue siempre en el pasado, por lo menos desde el siglo XVI, y no por ello la trágica experiencia de la guerra logró sustraer a los pueblos europeos de las confrontaciones internas. Las visiones y los intereses particulares fueron siempre, durante cinco siglos, más fuertes que los anhelos de paz.

La verdad es más bien que, al margen de esta motivación explícita de los dirigentes europeos, la Guerra Fría aportó el contexto decisivo para

⁽²⁾ Paul Kennedy, *Hacia el siglo XXI*, Ed. Plaza & Janés S.A., Barcelona, 1993, p. 330.

⁽³⁾ Entendemos aquí la nación y el nacionalismo, según el contexto, en dos sentidos semejantes pero diversos. Por una parte, nos referimos al moderno Estado nación que sirvió de base a los nacionalismos y las guerras del siglo XIX y primera mitad del XX. Pero también nos referimos, según el caso, a la afirmación excluyente de las antiguas nacionalidades derivadas de la comunidad de raza, de lengua, de religión o de historia, y no necesariamente definidas por un Estado. Esta forma de nacionalismo es la que tiende a predominar ahora, tras el fin de la Guerra Fría. Uno y otro nacionalismo tienen en común la afirmación de las identidades, visiones e intereses particulares por sobre los de un todo que les sea más amplio, llámese Estado nación (en el caso de las nacionalidades) o Unión Europea.

la integración comunitaria. Le dio a la Comunidad una clara identidad supranacional en el concierto mundial y un dinámico sentido de su acción histórica; al mismo tiempo, la rodeó de presiones y estímulos externos que la fortalecían sin cesar. La transformación de Europa en bastión y vitrina del Occidente liberal y democrático a lo largo de casi medio siglo, la competencia con Moscú y el temor a la amenaza que este pudiera representar, el apoyo y la presión de la Alianza Atlántica y de la estrategia de seguridad norteamericana para el continente, la división alemana y el relativo equilibrio de poder entre París y Bonn que ella propiciaba, favorable sin embargo a Francia, fueron factores que, hasta 1989, contribuyeron decisivamente al éxito del proceso de integración. Bien miradas las cosas, la construcción europea podría ser considerada hoy, más que como el producto de una lúcida y generosa decisión de los dirigentes europeos, como un resultado indirecto y transitorio de la confrontación antagónica de Occidente con la ex Unión Soviética⁽⁴⁾.

En primer término, hasta 1989, la "cortina de hierro" le trazaba claros límites geográficos al proyecto comunitario. La idea de una posible Comunidad de naciones europeas moría necesariamente a las puertas del Este, donde comenzaba el campo enemigo. Se sabía entonces con claridad qué naciones podían ser consideradas como potenciales miembros de la Comunidad y cuáles estaban por principio excluidas de ella. Su número, aunque amplio, era limitado. Esta clara circunscripción geográfica y poblacional nutría poderosamente la imagen de una posible comunidad de destino; era la condición material indispensable para la construcción de la identidad y el sentido de la Comunidad.

Un ingrediente aún más decisivo para la postergación de los intereses nacionales fue, en esos años, la vecindad de la Unión Soviética. La amenazadora presencia del enemigo, el ejército

rojo acampado a las puertas de la Europa occidental, las cabezas de misiles dirigidas hacia su territorio, el temor a una progresiva "finlandización"⁽⁵⁾ o una eventual aniquilación del continente, lograron acallar los nacionalismos e impusieron a los pueblos europeos una obligada solidaridad. La fuerza del temor hizo entrar en razón las pasiones de otros tiempos.

Desde luego, el temor asumió formas de expresión pública más elevadas. En la conciencia de los europeos, al continente le correspondía desempeñar, una vez más, una misión histórica de carácter mesiánico, si bien ya no expansiva, como en el pasado, sí defensiva. No se trataba, como hasta la mitad del siglo XX, de aportar el evangelio o la civilización a pueblos bárbaros. Después de la guerra, Europa había quedado más bien convertida en el muro de contención estratégico de Occidente levantado frente a las presuntas ambiciones imperiales del comunismo soviético. Como ya lo señalamos, en la visión de sus fundadores, la Comunidad Europea apuntaba a un fin político: la paz continental. Sin embargo, Yalta le asignó otras funciones más decisivas: Europa debía ser el bastión defensivo y la vitrina demostrativa del Occidente "liberal y democrático" frente al Este "comunista y totalitario". Esta misión histórica le permitió construir un discurso sobre su sentido, que le daba coherencia y estímulo a la acción colectiva. No sólo le asignaba un norte muy claro a la construcción europea, sino que lo arraigaba en la mentalidad colectiva gracias a la presencia inmediata y amenazante de su opuesto: la Unión Soviética y el comunismo. En el combate por el imperio mundial entre el socialismo comunista y la democracia liberal, que hasta 1989 se creía irreversible, Europa se entendía a sí misma como bastión y vitrina de la propuesta occidental. Con el apoyo norteamericano, era el primer garante de la libertad, la democracia y la prosperidad, y la portadora de la verdadera modernidad democrática frente a su falsificación comunista.

⁽⁴⁾ Tesis obviamente negada de plano por distintos dirigentes europeos, como el ministro alemán de relaciones exteriores, Klaus Kinkel, en la alocución pronunciada con motivo del inicio de la presidencia alemana de la Comisión Europea. Klaus Kinkel, «Deutschland in Europa: Zu den Zielen der deutschen Präsidentschaft in der Europäischen Union», en *Europa-Archiv, Zeitschrift für Internationale Politik*, Serie 12, 1994, p.336.

⁽⁵⁾ En el contexto de la Guerra Fría, Occidente vio siempre con temor la posibilidad de que la Unión Soviética lograra aislar progresivamente a Europa, convirtiéndola en testigo neutral del conflicto, como aconteció con la vecina Finlandia.

Desde este punto de vista, la integración económica aparecía apenas como plataforma de lanzamiento del continente hacia el cumplimiento de una misión mucho más alta, de carácter político mundial: la defensa de la civilización occidental. Esta tarea histórica colmaba de sentido el proyecto comunitario, le permitía a sus dirigentes superar las resistencias nacionales y fundirlas con éxito en un gran interés continental. Argumento esgrimido públicamente en los inicios de la Comunidad, continuó operando en la conciencia colectiva del continente hasta el derribamiento del muro de Berlín.

A la fuerza aglutinadora del temor y a la conciencia de misión se unieron, desde 1945, la presión y el apoyo brindado por la estrategia de seguridad norteamericana. El Plan Marshall puso las bases financieras y organizativas del proyecto comunitario. Washington extendió inicialmente la propuesta del Plan Marshall a todos los gobiernos de Europa, con el propósito de fortalecer a Europa occidental frente a Moscú y de sustraer de su influencia a los países del Este. Obviamente, el Plan fue rechazado por las naciones del Este, puesto que suponía su incorporación a la economía de mercado.

Ante todo, el Plan Marshall dió un impulso decisivo a la reconstrucción económica y social del continente. En 1951, Europa había recibido US\$ 12.400 millones de la época. Por otra parte, gracias al Plan, Europa se vió obligada a desarrollar los primeros mecanismos de gestión colectiva. El 16 de abril de 1948, se creó en París la Organización Europea de Cooperación Económica (OECE), con el fin de canalizar la ayuda norteamericana⁽⁶⁾. De modo más general, el Plan Marshall impulsó la reorganización de la economía occidental de mercado, y articuló a sus beneficiarios europeos a las instituciones económicas derivadas de la Conferencia de Bretton Woods (1944): el Banco Internacional para la Reconstrucción y el Desarrollo (BIRD, 1946), el Fondo Monetario Internacional (FMI,

1947) y los acuerdos del GATT. En suma, el Plan Marshall creó el primer esbozo de la Comunidad Económica Europea y la insertó en el nuevo orden económico internacional de la posguerra, bajo la tutela norteamericana.

Por su parte, la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) se encargó de encuadrar política y militarmente a los Estados europeos, colocándolos bajo la estrecha vigilancia de Washington. Desde luego, los europeos poseían una clara conciencia de que cualquier nuevo conflicto sería suicida para el continente. Pero esta conciencia, por sí sola, no había bastado para evitar los numerosos conflictos del pasado ni las dos grandes guerras europeas del siglo XX. Por ello, alemanes y británicos, desde muy distintas circunstancias y posiciones, aceptaron de buena gana la tutela norteamericana. Ni siquiera los franceses, que mantuvieron una actitud crítica y disidente frente a la Alianza, pensaron nunca en separarse de ella. La OTAN era el marco necesario para la paz en Europa. En realidad, más que defenderlos de la ex Unión Soviética, la OTAN y las demás instituciones implantadas en la posguerra por iniciativa norteamericana protegieron a los europeos de sí mismos y crearon las condiciones económicas y políticas indispensables para el buen éxito del proyecto comunitario.

De la tutela política y militar ejercida por la OTAN se desprendió la homogeneidad política de la Comunidad, su estabilidad y su paz tanto nacional como continental. Dos fuerzas políticas transnacionales, la Social Democracia y la Democracia Cristiana, se convirtieron en los eficaces instrumentos políticos internos de esa obligada convergencia. Con mucho mayor rigor que en la Organización de Estados Americanos (OEA), la plena vigencia de la democracia y el respeto a los derechos humanos se impusieron como primera condición indispensable para los aspirantes a la incorporación en la Comunidad Europea⁽⁷⁾. De este modo, la democracia llegó a

⁽⁶⁾ Vale la pena anotar que, por esos mismos días, se consolidaba en las Américas la Organización de Estados Americanos (OEA), de contenido meramente político. En 1960, la OECE fue transformada en la Organización de Cooperación y Desarrollo Económicos (OCDE), destinada a favorecer la expansión económica de sus miembros y el crecimiento de los países en desarrollo.

⁽⁷⁾ En América Latina, los planes de seguridad hemisférica de los Estados Unidos y la OEA toleraron de buena gana gobiernos corruptos, dictaduras militares y violaciones de derechos humanos, con tal de que se tratara de «gobiernos amigos» en el contexto de la confrontación con la ex Unión Soviética. No sucedía así en la CEE.

convertirse en rasgo distintivo de todos los países miembros y de la Comunidad en su conjunto. Antes de ingresar al proceso comunitario, las dictaduras de España, Portugal y Grecia debieron ceder su lugar a regímenes democráticos. Por presión de Washington, el Partido Comunista Italiano fue mantenido al margen del poder. La endémica inestabilidad del Calcio nunca llegó a poner en peligro la democracia, entre otras cosas para no perder su lugar en la Comunidad. La homogeneidad y estabilidad política de las democracias tuteladas de Europa les facilitó enormemente el proceso de integración continental, mientras los populismos y dictaduras fueron siempre un obstáculo a los intentos latinoamericanos.

A la par con la democracia política se extendió en Europa un grado notable de integración social. Para mitigar las tensiones sociales que habían hecho vulnerable el continente al nazismo y al fascismo, y que lo podían hacer sensible al comunismo o a otras formas de totalitarismo, se creó en Europa el Estado de Bienestar. Gracias a ello, las naciones del continente pudieron gozar de un período excepcional de paz social y legitimidad política. De este modo, la pertenencia a la OTAN, el control comunitario ejercido en su seno sobre cada uno de sus miembros y sobre todo la vigilancia norteamericana, convirtieron a la Comunidad Europea en el paradigma contemporáneo de la paz, la civilización, la democracia y la estabilidad políticas, en claro contraste con su historia secular de conflictos internos, extremismos, dictaduras, guerras entre naciones vecinas y aventuras colonialistas emprendidas por el mundo entero.

Finalmente, clave para el buen desarrollo comunitario fue el pronto surgimiento de una dirección política dotada de suficiente legitimidad, poder y respeto internacional. En efecto, gracias a su reconciliación y estrecha cooperación, Francia y Alemania se transformaron en el eje político de la construcción comunitaria. El entendimiento entre París y Bonn constituía la premisa indispensable, el símbolo eficaz y el primer paso hacia cualquier proyecto europeo. Países centrales del continente, eran también antagonistas históricos y protagonistas de las últimas grandes guerras europeas. Sin su mutuo acuerdo, cualquier proyecto de paz estable en Europa habría sido imposible. Asociados, Francia

y la República Federal de Alemania (RFA) reunían la legitimidad y el poder con los que ninguno de los dos por separado habría podido contar.

En efecto, después de la guerra, Alemania había retomado muy pronto su tradicional empuje industrial y comercial. Nadie olvidaba, además, el formidable poderío militar demostrado en los conflictos del pasado. Pero a la vez, el poder alemán se encontraba radicalmente recortado. En virtud de su pasado nacional-socialista y de su derrota militar, debía aceptar en silencio la división y ocupación de su territorio, su inexistencia política, diplomática y militar, y su total subordinación a las demás potencias occidentales. Francia, en cambio, económicamente menos poderosa que su vecino, disponía de la legitimidad política internacional que le faltaba a aquel, conquistada gracias a su condición -hasta cierto punto mistificada- de bastión heroico de la resistencia. A esta condición se sumó muy pronto la posesión del arma nuclear. Dos argumentos que, durante la Guerra Fría, le concedieron siempre a París el derecho a decir la última palabra. Fue sin duda este singular "equilibrio" desigual lo que les permitió a Francia y Alemania desempeñar, durante cuarenta años, el papel de centro y motor político de la construcción comunitaria.

Conviene advertir, sin embargo, que la reconciliación franco-alemana no se derivó solamente de un acto de peculiar civilización política. Provino más bien de su desconfianza y temor recíprocos y, ante todo, de la existencia de un enemigo superior: la Unión Soviética. Cada una de las dos capitales, tanto París como Bonn, temía que su vecino buscara un entendimiento privado con Moscú y, en la medida en que estrechaban sus mutuos vínculos para impedirlo, ahondaban un antagonismo compartido con la capital soviética, contribuyendo así a la construcción de un poderoso "enemigo común", que, en retorno, no cesaba de reforzar sus lazos de amistad a lo largo de la posguerra.

Todo este conjunto de factores -la delimitación geográfica del proyecto, la amenaza soviética, la conciencia de misión histórica, la tutela política y militar de Washington, la contribución financiera y comercial norteamericana a la reconstrucción económica y social del continente, la homogeneidad política de una Europa liberal y democrática, el notable equilibrio social, la

existencia de un claro centro político- contribuyeron decisivamente a la estabilidad, la paz, la democracia y la prosperidad de la Europa comunitaria. No sin razón la experiencia europea ha sido considerada como prototipo de los procesos de integración regional y de relativa superación del Estado nacional. Pero sin la amenaza soviética y sin la tutela y el apoyo norteamericanos, nada de esto habría sido quizás posible. La Comunidad Europea habría carecido de los presupuestos materiales y políticos indispensables. Es de dudar que la razón europea, sin el refuerzo del temor, la presión y la ayuda exterior, hubiera alcanzado logros tan notables. Cabe además preguntarse si, una vez concluida la confrontación con el Este, todo el edificio comunitario no se encuentra amenazado.

LA DESAPARICION DEL CONTEXTO DE LA UE

El fin de la división bipolar del mundo ha dejado tras de sí, en la Unión Europea, un inmenso vacío. Al perder su enemigo, la Unión ha perdido también su identidad y su sentido originarios, así como todos los apoyos externos que la apuntalaban. Como una consecuencia, Europa ha sufrido así mismo la irreparable pérdida de su eje político.

La primera consecuencia de la desaparición de la Unión Soviética es que la idea comunitaria ha perdido la noción de sus límites geográficos. Hoy no es posible fijarle fronteras al proyecto de integración. Los países del Este (sobre todo los del centro oriente, Polonia, las Repúblicas checa y eslovaca, y Hungría) presionan por su ingreso a la Comunidad, y no es claro si el proyecto de integración deba extenderse algún día hasta los confines de la antigua Unión Soviética. Esta indefinición del horizonte geográfico debilita radicalmente la idea comunitaria. La interconexión de nuevos mercados a diversas "velocidades" es tal vez posible, pero la unión política y de defensa del continente se torna cada vez más difícil.

Además, ante una eventual ampliación de la Comunidad se dividen los intereses de los países miembros y, sobre todo, los intereses de los Estados centrales, Francia y Alemania. Mientras la política exterior alemana se propone como prioridad estratégica favorecer las aspiraciones de sus vecinos orientales (Polonia, ex

Checoslovaquia y Hungría), Francia mira con desconfianza el ingreso de miembros que fortalecerían la esfera de influencia y la condición central de Alemania en la Comunidad, y orienta más bien sus preocupaciones hacia el Occidente y el Mediterráneo, que, fuera de plantear retos a su seguridad, le significan un apoyo adicional en el seno de la Comunidad.

Ha desaparecido también el poderoso estímulo que, para la solidaridad y cohesión comunitaria, brindaba la inminencia de un enemigo poderoso y bien definido. En realidad, la desaparición de la Unión Soviética ha debilitado notablemente la identidad y sentido de la construcción comunitaria. La respuesta a la pregunta por el competidor, por el rival, por el enemigo es, para toda organización política, fundamental y estructurante. Condiciona la definición de un sistema de seguridad capaz de preservarlo y de prevenir las crisis. Para hacerle frente se crearon en su momento la OTAN, la OEEC, la CEE. Pero, en el nuevo contexto creado por el fin de la Guerra Fría, la noción de enemigo ha quedado seriamente desdibujada. ¿Cuál es hoy la amenaza dominante? Esta pregunta -a la cual Occidente y Europa en particular respondió durante setenta años: "Moscú", "la URSS", "el comunismo"- ha quedado sin clara respuesta. Este vacío plantea serios problemas a la sociedad norteamericana que, sin embargo, posee un Estado que la aglutina; para el conjunto de naciones de la UE se trata de un vacío crítico.

Es cierto que Europa enfrenta hoy múltiples peligros. Pero, en primer término, los retos no son idénticos para todos. Como ya lo señalamos, mientras Alemania es particularmente vulnerable a la desintegración y el caos en el que se debaten los países del Este, Francia y los demás países mediterráneos se sienten sobre todo amenazados por el mundo islámico y, de modo más general, por la inmigración africana. Además, el enemigo principal ha dejado de ser unívoco. Puede cobrar la apariencia de explosión demográfica, proliferación nuclear, droga, fanatismos étnicos, sida, migraciones, efecto invernadero, etc. Se trata, en la mayor parte de los casos, de amenazas planetarias sin fronteras geográficas bien definidas.

Estos peligros -múltiples, difusos e inciertos, provenientes casi todos de Estados amigos- no suplen el antiguo poder aglutinante que

irradiaban el Estado soviético, el Ejército Rojo y las cabezas de misil. La primera en sufrir las consecuencias de esta nueva situación mundial ha sido la Comunidad Europea. Desaparecida la Unión Soviética y el comunismo, el proyecto europeo se ha visto debilitado. Lo peor para Europa no ha sido, pues, el hecho de que el naufragio comunista dejara tras de sí un gran vacío de poder y creara una vasta zona de inestabilidad en el Este. Lo más grave es que le asestó un golpe importante al sentido mismo de la construcción europea. ¿Qué es Europa? ¿Para qué construir una Europa unida? son dos preguntas que han quedado sin respuesta unívoca. Por ello, es necesario preguntarse si los europeos todavía conservan la intención de construir a Europa y, en caso afirmativo, qué tipo de Europa aspiran a poner en marcha.

Podría pensarse que el proyecto de integración europea se sustenta hoy, ya no en razones políticas, sino en la competencia económica con los otros dos polos de la presunta "Tríada" contemporánea: los Estados Unidos y el Japón. Pero la mera emulación económica no basta para colmar la carencia de proyecto político y la desaparición de importantes soportes externos que sufre la construcción comunitaria. La competencia regional estaba ya presente desde los años sesenta y le infundía sin duda al proyecto comunitario nuevas energías, pero no sustituía la representación política de fondo. La complementaba. De hecho, las batallas del mercado movilizan quizás a los empresarios y a los dirigentes políticos europeos, pero no bastan para legitimar los sacrificios que la construcción comunitaria le impone a las clases medias y trabajadoras, ni logra mantener a raya sus reivindicaciones. Por el contrario, tiende a exacerbarlas.

Por otra parte, la idea misma de polos económicos en competencia ha sido alimentada por la misma construcción comunitaria, en la medida en que, sobre todo a partir de la instauración del Mercado unificado en 1993, aparece ante el mundo como una fortaleza más o menos cerrada. De no existir la Comunidad, posiblemente habría una mayor fluidez en el mercado mundial, del cual Europa sería un simple segmento y no un polo en competencia. Y no se ve por qué, en esas condiciones, el Viejo Continente no pudiera continuar disfrutando de

una prosperidad similar. La competencia entre bloques no parece aportarle nada a su calidad de vida y es, hasta cierto punto, innecesaria. La idea de la competencia económica no basta, por sí sola, para justificar el proyecto comunitario.

Tampoco es suficiente el deseo de seguridad colectiva. La búsqueda de seguridad inspira quizás, sobre todo en el caso de Alemania, el deseo de ampliación de la UE hacia el Este, pero no basta para dar razón positiva de la construcción comunitaria en su conjunto. ¿Para defenderse de quién? Rusia no deja de suscitar aún temores, pero en vez de conducir a la consolidación de un bloque en su contra -como lo hicieron los norteamericanos a lo largo de la Guerra Fría-, los europeos buscan, con buen sentido, una aproximación constructiva. Tomada en un sentido más amplio y más positivo, la aspiración a la seguridad podría ser interpretada como lo proponían los padres fundadores: como el deseo de consolidar la paz en toda Europa. Sin embargo, el deseo de paz no parece bastar como remedio contra los nacionalismos extremos, cuando estos han saltado una y otra vez sobre tales aspiraciones y han embarcado al continente en la guerra.

Europa ya no es la frontera crítica de la libertad en el mundo. Por el contrario, ante la falta de rivales y la aparente difusión sin fronteras de la libertad y la democracia, estas han comenzado a perder interés y valor en el Viejo Continente y en otras partes del mundo. En ausencia de enemigos claramente determinados, las tensiones y conflictos se desplazan ahora al seno de la democracia, donde revisten en primer término el lenguaje tácito de la competencia económica entre bloques y naciones, pero se expresan también en la creciente brecha de confianza entre los ciudadanos y el Estado, el relajamiento del vínculo político y el resurgimiento de las identidades particulares.

Aparece, efectivamente, en primer plano la competencia entre naciones y regiones antes aliadas -Estados Unidos, Japón y Europa-, que se debaten ahora en una rivalidad económica no menos implacable que la política y militar de otros tiempos. Pero se trata ahora de una competencia fría, discreta y aparentemente despojada de pasiones. En consecuencia, estas nuevas rivalidades, reservadas a empresarios, tecnócratas y gobernantes, no disponen de la

misma capacidad para movilizar al gran público y para subyugar las antiguas pasiones identitarias de Europa. Por otra parte, se trata de una competencia contradictoria que se ve frenada por la fuerte transnacionalización y entrecruzamiento de los capitales.

En vez de ayudar a la integración europea, la competencia podría contribuir a su desarticulación. Es así como, para competir con éxito en el ámbito mundial, la Europa económica y tecnocrática integra sus mercados a costa del empleo de amplios sectores sociales. Y muchos de aquellos que se sienten amenazados buscan, ante la ausencia de otros enemigos y la carencia de mejores banderas, en la afirmación particularista y en las corrientes de extrema derecha la protección y seguridad que la nueva "democracia comunitaria de mercado" no puede brindarles. En este contexto, no es seguro que el temor a las posibles consecuencias catastróficas de los distintos nacionalismos continúe siendo hoy suficiente argumento para superarlo.

La UE ha perdido, además, al menos parcialmente, la tutela y la presión integradora que sobre ella ejercía la OTAN. Los Estados Unidos se proponen replegar dos tercios de las tropas acantonadas en el Viejo Continente y la UE se prepara para la "europeización" de la Alianza. Pero los experimentos nucleares de Mururoa esbozan ya las pretensiones de Francia que seguramente pretende constituir, junto con Gran Bretaña, el escudo nuclear de la Europa independiente. Por otra parte, los países del Este, incluida Rusia, presionan por el ingreso a la Alianza Atlántica. Su eventual ampliación, unida a la relativa pérdida de peso de los Estados Unidos en la organización, podría debilitar su cohesión interna. Pero un debilitamiento de la Organización Atlántica dejaría a Europa cada vez más sola ante sus propios antagonismos.

Europa no ha podido consolidar una fuerza autónoma de defensa. Para ello requeriría ante todo de una política comunitaria de seguridad, que le fue imposible lograr antes de 1989, y que ahora se torna cada vez más improbable ante la creciente divergencia de los intereses estratégicos de sus miembros más importantes y ante la perspectiva de una ampliación numérica y geográfica de la Unión. Los buenos propósitos enunciados en Maastricht y la creación del

Eurocorps no constituyen una superación de las fuerzas disolventes que ha desatado el fin de la Guerra Fría. Incluso si un cuerpo de seguridad europeo pudiera consolidarse convenientemente, le permitiría quizás a Europa defenderse de eventuales enemigos externos, como Rusia o el Islam, pero no la protegería de sus propios demonios. Los nacionalismos y las divergencias de intereses comienzan a cobrar fuerza entre los países comunitarios.

La impotencia estratégica europea o, inclusive, las tendencias autodestructivas que han irrumpido más de una vez en su historia se reflejan hoy, mejor que en ningún otro escenario, en la trágica situación de la antigua Yugoslavia. En ese contexto, la Conferencia de Seguridad y Cooperación en Europa (CSCE), la Unión de Europa Occidental (UEO) y la misma OTAN se mostraron impotentes, al menos mientras los Estados Unidos no se decidieron a mantener el orden.

Situación particularmente crítica, Europa ha perdido su eje político. La unificación alemana destruyó el singular "equilibrio" de poder existente entre Francia y Alemania. No sólo incrementó notablemente el poderío alemán, sino que, en igual medida, disminuyó el poder francés. La súbita absolución histórica de Alemania se desprendió de manera imprevista del fin de la Guerra Fría. El muro de Berlín fue demolido, se unificaron las dos Alemanias, concluyó la ocupación de su territorio, y el Estado alemán recuperó todos sus derechos políticos internos e internacionales. Estos hechos, sumados al notable fortalecimiento territorial, demográfico y económico alemán, han inclinado decisivamente la balanza del poder económico y geopolítico en favor de Alemania. Sin embargo, su pasado la inhabilita para traducir su poder económico y su situación geográfica en poder político. Esta contradicción convierte la política exterior alemana en objeto de todas las críticas y suspicacias, y la somete a una permanente vacilación.

Francia, en cambio, perdió el terreno conquistado durante la Guerra Fría. Ya no es uno de los cuatro "grandes" que compartían responsabilidades especiales en Alemania, y tenían injerencia sobre los asuntos atinentes a su unificación. Es cierto que Francia continúa siendo,

junto con el Reino Unido, una de las dos potencias europeas que disponen del arma nuclear. Pero es conocido el desgaste del poder disuasivo: la misma capacidad destructiva de la fisión atómica le ha sustraído buena parte de su eficacia. El arma nuclear es completamente inútil frente a los nuevos conflictos que amenazan a Europa. La antigua Yugoslavia o Chechenia así lo atestiguan. Por otra parte, la disuasión nuclear podría dirigirse contra un potencial enemigo exterior, pero no se ve cómo pueda convertirse en un factor de equilibrio, entendimiento y cooperación entre Francia y Alemania, dos naciones vecinas que deberían marchar estrechamente asociadas. Finalmente, si la Unión Europea hubiera de continuar avanzando hacia alguna forma de unidad política y de defensa, tampoco se ve cómo Francia y Gran Bretaña puedan conservar el control exclusivo sobre el arma nuclear.

Mediante la realización de ocho experimentos nucleares en el Pacífico Sur, entre septiembre de 1995 y mayo de 1996, el presidente francés Jacques Chirac pretendía recordarle al mundo que Francia continúa siendo una gran potencia. Pero los ensayos en el Pacífico no podían contrarrestar el peso del marco en la Unión Europea ni el desplazamiento del centro de Europa hacia Alemania. Y el poder nuclear de Francia, unido al de la Gran Bretaña, no basta para garantizar tampoco la independencia estratégica de Europa frente a los Estados Unidos. Los ensayos, lejos de devolverle a Francia su antiguo prestigio, se volvieron más bien en su contra en la opinión pública mundial⁽⁸⁾.

Se ha roto, pues, el balance de poder que había hecho posible hasta ahora el entendimiento entre Bonn y París. Para conservarlo, Francia tendría que aceptar una situación totalmente nueva que le resulta incómoda, si no francamente inaceptable: la subordinación política frente a la nueva Alemania y la aceptación del proyecto

comunitario germano, de corte federal, en el que la soberanía del Estado nacional francés se vería notoriamente disminuida. Pero, al relajarse la relación franco-alemana, Europa ha perdido el eje político de su proceso de integración. Ninguna institución burocrática, ni la administración de Bruselas, ni el Consejo de Ministros, ni la Comisión o el Parlamento europeos pueden suplir el mutuo entendimiento entre estos dos países. Y Alemania no puede asumir sola la conducción política del continente. Aquí radica quizás el meollo del actual problema europeo.

En efecto, aunque Alemania ha visto reforzado su ya indiscutible predominio económico en Europa, y aunque ha pasado a ocupar su centro geográfico, carece de la legitimidad política necesaria para asumir la conducción continental. Todos los vecinos y las grandes potencias, desde Washington hasta Moscú, pasando por Londres y París, desconfían de ella. Además, sin caer en la visión determinista de la geopolítica, tampoco es posible ignorarla. Alemania ha vuelto a ser una potencia media en los dos sentidos del término: geográficamente central y de mediano poder. Según Bismarck, muy débil para dominar a Europa y muy fuerte para adaptarse a un orden europeo preestablecido. Algo similar sugería Henry Kissinger en 1967 al señalar: "Alemania, la Alemania unificada tiene una dimensión crítica: demasiado grande para no desempeñar ningún papel en la relación de fuerzas; y demasiado pequeña para poder mantener un equilibrio de fuerzas en torno suyo"⁽⁹⁾. Si a esta condición geopolítica se le suma su historia, Alemania no podrá ocupar el lugar político que le corresponde, sin producir, por rechazo, la desintegración de Europa y la alianza del resto en su contra.

Así como la amenaza soviética había contribuido al fortalecimiento de las relaciones franco-alemanas acallando los propios intereses nacionales en aras de la defensa conjunta frente a un enemigo superior, su desaparición tiene el

⁽⁸⁾ Son conocidas las razones técnicas de estos experimentos. Los ensayos habrían sido necesarios para perfeccionar los modelos de simulación informática de las explosiones y así hacerlas innecesarias en el futuro. Pero más allá de estas razones técnicas subyacían las razones políticas, sobre todo de orden interno. Chirac pretendía reafirmar la tradición gaullista de autonomía internacional y, de paso, recordarle al mundo, pero en especial a Washington, Moscú y Bonn, el poder nuclear de Francia. Sólo que lo hizo en una época en la que la disuasión nuclear ha perdido en buena medida su eficacia y su sentido y se destaca mucho más el daño ambiental de tales experimentos.

⁽⁹⁾ Citados por Daniel Vernet, «Préface», en *Le couple franco-allemand en Europe*, Henri Ménéudier (dir.), Publications de l'Institut d'Allemand, Université de la Sorbonne Nouvelle, París III, 1993, p. 6.

efecto contrario: libera de nuevo las aspiraciones nacionales en detrimento del proyecto colectivo. En este nuevo contexto, los intereses particulares han ido reapareciendo. Alemania asume progresivamente sus responsabilidades hacia el Este y busca el lugar que le corresponde en la Comunidad. Los temores de Francia, entretanto, privados de su blanco antisoviético, se reorientan de nuevo hacia Alemania. París experimenta dificultad en ingresar en el esquema de una Comunidad en la que predominarían los pueblos del Norte y del Este, ligados a Alemania, y de la cual estarían ausentes los pueblos del Occidente y del Sur, sus potenciales aliados.

En todo caso, será la misma Unión Europea, despojada ya de sus puntos externos de apoyo, la que nos muestre hasta dónde el frío cálculo económico de largo plazo y la clarividente razón política son capaces de controlar y poner a raya la presión inmediateista de las identidades particulares, los sentimientos y las pasiones colectivas. En otros términos, sabremos qué fuerzas sociales prevalecen en la actual historia

europea, si la voluntad de ciertas élites económicas y políticas que aspiran a la integración continental o, más bien, las percepciones de los sectores medios y trabajadores que ven en la integración una amenaza a su seguridad económica. Ello dependerá, en buena medida, de la capacidad de la Comunidad para crear puestos de trabajo en los próximos años. La historia nos dirá entonces hasta qué punto el Viejo Continente puede reivindicar para sí, una vez más, la sede de una cierta razón universal.

Sin duda, Europa continuará siendo uno de los tres o cuatro focos más destacados de poder mundial, pero la Unión Europea del siglo XXI podría llegar a tener muy poco que ver con la Comunidad Económica Europea que conocimos a lo largo de la Guerra Fría. Un Mercado Común sin unidad política ni de defensa no bastaría para equilibrar la balanza de poder mundial, y quizás ni siquiera para trazar estrategias económicas coherentes que le garanticen a Europa una competencia exitosa a largo plazo.

